

# PINORD

*Reynal*

Mágico  
vino de uva  
producido  
por  
fermentación  
natural



**MOS  
catel**

Aromático  
vino dulce,  
fruto exclusivo  
de  
uva de  
Moscatel



Bernard-Henri Lévy.

## LA FUEZA DE LA IMAGEN

IGNACIO FERNANDEZ DE CASTRO

**L**EVY, "el joven filósofo francés", en la animada discusión televisada sobre el marxismo de "La clave" tuvo a su favor la imagen. Sus interlocutores, Santiago Carrillo, Tierno Galván, Garaudy, Osorio y aun el propio Obiols, resultaron en la imagen, probablemente por contraste, apagados, tristes, solemnes, académicos, suficientes, como una reunión de "ancianos" que juzgan con severidad un tiempo que ya no es el suyo, a un joven impertinente, maleducado, agresivo e irreverente que se niega a aceptar el "orden" de sus mayores.

En "La clave" la imagen jugó una mala pasada al "marxismo", pues los telespectadores, sometidos previamente a la fuerza de la imagen de la pantalla grande o pequeña por innumerables horas de práctica, simpatizamos en seguida con el "chico", el bueno de la película, "solo ante el peligro", con Juana de Arco condenada a la hoguera por los viejos inquisidores. En el espectáculo no faltó siquiera la negación de palabra —en este caso sonido— por parte del moderador, convertido en agente del orden alterado por la fogosidad del joven filósofo.

Lo curioso de esta "película" que presenciarnos es que el orden quedaba perfectamente identificado con el "marxismo", y la gente de orden, los ancianos y severos jueces de la revuelta, con militantes marxistas tan destacados como Santiago Carrillo y Tierno Galván. Este orden puesto en solfa por el "impertinente" quedó todavía más matizado por el papel de "espectador a la derecha" que representó el actor Osorio, que no salía de su asombro y que se dedicó a confraternizar marginalmente, cuando se lo permitía el argumento, con el cristiano-marxista Garaudy, en el que se encontraba sintetizada la expresión de

un orden milenar, imperial y cristiano en Constantino, cristiano y liberal en Carlomagno, burgués y marxista en Oriente, un orden sabio que se sitúa históricamente por encima de sus víctimas, paganos, hebreos, privilegiados y disidentes, legitimado siempre por su función histórica progresiva, orden que cualquiera que sea la brutalidad de la represión que desencadena se encuentra a la postre legitimado, porque fue antes desorden en un mundo más intolerable y más injusto; revolución antes que tiranía. Frente al "irreverente" se alzaba formando bloque el "Orden" con mayúscula, el que permanece, porque el desorden que anida y que incuba y que aun reprime, le sucede y se legitima, en cuanto nuevo orden, en la legitimación que concede a cuantos le precedieron. Lévy recordó cómo en el análisis marxista se limpia de sus desafueros y rapacidades a la burguesía revolucionaria de los primeros tiempos porque liberó al mundo del feudalismo, que era un orden que condenaba a la Humanidad a una mayor miseria, y que al hacerlo así se limpiaba a sí mismo de sus futuras e inevitables víctimas. Obiols, oportunista, jugó a favor de la tormenta desencadenada por el "maleducado", tratando de salvar de la quema al socialismo, recordando al telespectador el "slogan" electoral de que "el socialismo es libertad".

Para los telespectadores, en estado de inocencia, impresionados por la imagen, fue Lévy, "el joven filósofo francés", el que se llevó el gato al agua y ganó la partida; para otros más avisados la "película" tuvo un final feliz, ya que en sus últimas imágenes, cuando los actores se levantaban, Lévy quedó solo y aislado, en tanto que se apiñaban y se sonreían marxistas y cristianos,

Recientemente, en la residencia de los excelentísimos señores embajadores de Holanda en Madrid, ha tenido lugar la imposición de la condecoración de oficial de la Orden de Orange Nassau al excelentísimo señor don Francisco de Puig y de Cárcer, presidente del Consejo de Administración de SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LAMPARAS ELECTRICAS Z, S. A., de Barcelona, por sus cuarenta años de permanencia en el Consejo de la mencionada sociedad.



derechas e izquierdas, gente de orden y de la democracia. Y la regla de oro del cine televisado, apto para todos los públicos, es que el criminal nunca gana.

Más tarde, en los comentarios, en las críticas, en las "cartas de los lectores" y aun en las crónicas de sociedad y de la Corte, tan de moda hoy en el periodismo, aparecen y asoman la oreja los argumentos militantes, las advertencias sobre las segundas y aun las terceras intenciones de los actores y de los guionistas, el análisis de a quién favorecen posturas "radicales" como las de Lévy y lo que esconden detrás de su brillantez y su fogosidad.

Sin embargo, las cuestiones planteadas en esa emisión de "La clave" reclaman un comentario que no puede despacharse por el desgastado argumento de que toda crítica a la izquierda favorece a la derecha ni tampoco por la sospecha de que quien hace la crítica no es "trigo limpio". La primera cuestión que saltó a la vista — y nunca mejor dicho — fue la imagen de orden establecido que nos ofrecieron los interlocutores de Lévy, de orden compacto y a la defensiva frente a quien, en esa ocasión al menos, no lo respetaba, y el hecho, para mí, inquietante de que en ese orden sin fisuras — al menos en la imagen — se encontraran hombres representativos tan diversos como Santiago Carrillo y Osorio y de que el encuentro y la armonía de cristianos y marxistas, que Garaudy representaba perfectamente, se realizara en el "orden" y no en los fermentos de revolución y de desorden que probablemente comportan. La segunda cuestión planteada, y desde luego no resuelta, fue la del trasfondo de las legitimaciones del poder representativo que se descubre en la secuencia histórica revolución-tiranía. Todo poder en el fondo se hace solidario de los que le preceden como toda revolución se reclama heredera de las que con anterioridad se realizaron, pero el orden y el desorden son dos continuos que marcan unas relaciones permanentes de poder y de sumisión, de revuelta y de represión, de víctimas y de victimarios, de apropiadores y de apropiados, y es precisamente esta relación de poder la que hay que destruir y la que planteada no se llegó ni siquiera a discutir, ya que el poder y la expectativa de poder se unieron en esta ocasión para no aceptar la puesta en cuestión de lo que ambos tienen en común: el poder y su derecho a la represión. Sin embargo, hoy en nuestro país este es un problema mayor que no se debería soslayar, ya que está presente en la interminable y peligrosa espiral de la violencia en Euzkadi y aun en la forma extremadamente violenta con la que el poder reprime la vida ciudadana cuando ésta en su ensayo sale de los cauces, como en el caso de las manifestaciones femeninas pidiendo la despenalización del aborto. ■

## La edad instantánea

**D**IJO una vez Sartre que toda su vida había estado luchando por el advenimiento de una sociedad en la que no le gustaría vivir. Nada cuentan los historiadores de la cara que puso la Beauvoir cuando escuchó este resumen brillante de la filosofía masoquista que presidió la aventura intelectual de la mayor parte de las generaciones izquierdistas de la posguerra, aunque no es difícil imaginar que la mujer tomara la frase por perversa indirecta. Pero existe un masoquismo histórico aún más espléndido que el de Jean-Paul: vivir en una sociedad por la que no se ha luchado jamás en la vida. Si la paradoja de Sartre, como se sabe, ha producido considerable número de tragedias teatrales, generalmente claustrofóbicas, la nuestra va camino de relanzar la alicaída industria del esperpento.

Hay que admitirlo. Desde que a Balbín se le ocurrió enfrentar en *La clave al marxismo ortodoxo español con la insufrible ortodoxia del chico de Gulag*, se ha en-

riquecido sensiblemente el panorama teórico del país. Porque para lo esencial, aquel duelo imaginario y divertido en Prado del Rey fue un trailer microcósmico del gran debate público que nos debe el marxismo oficial español desde lo de la tromboflebitis. La clave del asunto, la premisa no mencionada, está en saber si nuestros marxistas de Estado también andan a cuestas con la duda sartreana aquella. Pero no ya el averiguar si les gustaría vivir en la sociedad socialista por la que aseguran estar luchando, sino conocer con detalle y sin eufemismos si ciertamente están haciendo algo por el advenimiento de esa hipotética sociedad. Que ahí está la sospecha a la que se agarró el escandalizador bien temperado toda la noche como a una contradicción ardiendo y en boca de todos.

Llevamos muchos años de "teoría" eurocomunista, ya no me acuerdo cuántos meses de "praxis" socialdemócrata, casi un lustro de libertades más o menos formales y, como en la era del Dúo Dinámico, la oposición de izquierdas sigue luchando por lo que es evidente, Dürrenmatt del alma. Evidente en el imperio de la señora Thatcher, por poner un ejemplo próximo, reaccionario y cursi. Más allá del aborto en Londres, del divorcio en Nevada, de la escuela pública en Bonn, de la gestión municipal en Calabria, del tráfico rodado en Viena, del urbanismo en el Benelux y de la ecología en el lago Lemán, no le veo yo a la izquierda institucional otras pistas de esa futura sociedad que aseguran estar construyendo con parsimonia no exenta de lentitud ni desprovista de flojera teórica.

Por una de esas piruetas de la historia de andar por la Moncloa, a la oposición marxista le ha tocado en suerte estar todo el santo día traficando con los temas más queridos del capitalismo, que por tal los demora y fracciona con exquisito cui-

dado, no sólo para que no se le escapen y rompan, sino para entretener al adversario travestido de recadero.

Naturalmente, esta especialización universalmente admirada en coyunturas, transiciones de mirame y no me toques, cuestiones de forma, saldos franquistas, rebajas democráticas y cuestiones de mercado (más que de Estado), imprime carácter. Sobre todo, si se carece de Pepito Grillo, es decir, si se delega en el siniestro intelectual orgánico en mala hora tramado por Gramsci la función de la conciencia crítica. Eso explica el ingenuo escándalo terrible que provocó el muy previsible "show" del nuevo filósofo francés con su melena al viento todavía. Aquellas tribulaciones,

irritaciones y perplejidades por la agresividad francamente demodée de B.-H. Lévy fueron todo un síntoma de la nada que nos anonadará definitivamente si seguimos con estas coñas del coyunturalismo durante otra legislatura. Lo que en realidad quería el joven francés era obligar a los contradictorios marxistas de la televisión a que pronunciaran sin oraciones subordinadas la frase aquella de Sartre, en vista de sus celebrados desapegos del *Manifiesto del Partido Comunista* para ganar votos irrecuperables y no irritar a la derecha y a los militares de la guardia, según nos explican con detalle obscuro en los congresos por lo bajini.

Lo tremendo no es que carezca de un proyecto de Estado —estúpida coartada que no osaría pronunciar ningún asesino de Hitchcock—, sino que esta izquierda española carezca de un proyecto verosímil de sociedad y confunda lamentablemente cuatro logros democráticos mundialmente asumidos y ya tipificados con la alternativa socialista o socialera.

Y es que allí sentados, ante todas las cámaras del Estado, pasmados por los reflectores que les mete el poder, los que no hace tanto nos hablaban con fervor antisartreano de rupturas democráticas, hacen ahora de obedientes albañiles para cimentar —por este verbo se delatan— una situación democrática concebida a modo de telar de Penélope. Que a este paso, con la derecha echando una de arena y la izquierda otra de cal, nos va a salir el Estado burgués más sólido, fuerte e inamovible que Praga haya soñado en el sueño de una alocada noche de capones y queso de tetillas de Villalba.

Pero estuvo muy bien aquel trailer televisual de *La clave* sobre el marxismo. Evidenció un detalle erudito que pocos conocen: que el *Manifiesto del Partido Comunista* se publicó el mismo año que *El libro de los snobs*, de Thackeray. Y es lógico que cuando los unos se olvidan y se alejan de las enseñanzas de un libro, venga el bíblico Lévy a hacer terroría con los consejos del otro. Eterna batalla pendiente entre el significado vergonzante y el significante sidolizado. ■

## MARX O THACKERAY

JUAN CUETO ALAS